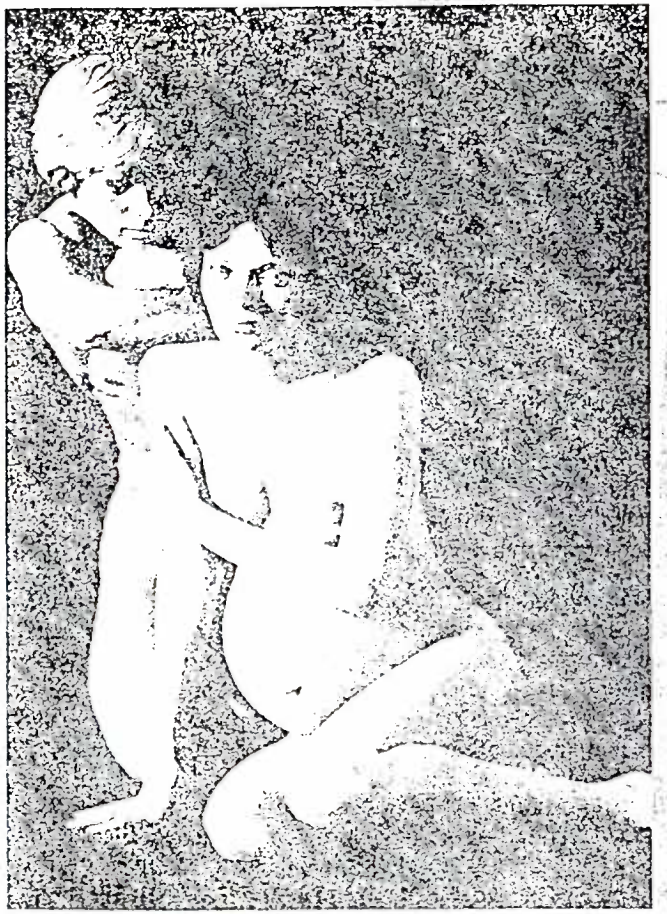

Ediciones de Mujeres ISIS INTERNACIONAL
No 18, 1993

Raza, clase y género como resistencia*

Celene Krauss

20.04
K8688
4983

La forma de eliminar los desechos tóxicos es un foco central del activismo ambientalista de base de las mujeres[1]. Las instalaciones para los desechos tóxicos generalmente están situadas en comunidades de clase obrera y de bajos ingresos, y en comunidades de color, reflejando el desproporcionado peso impuesto a estas comunidades por una economía política de crecimiento que distribuye los costos del crecimiento económico en forma desigual[2]. Movidas por la amenaza que los desechos tóxicos representan para la salud familiar y la supervivencia de la comunidad,

---

* Una versión más extensa de este artículo, cuyo título original es *Las mujeres y las protestas por los derechos tóxicos: raza, clase y género como recursos de resistencia*, aparecerá en la revista *Qualitative Sociology*, otoño del 1993.

1. Para artículos sobre mujeres y protestas en torno a desechos tóxicos ver, por ejemplo, Lawrence C. Hamilton, "Concern About Toxic Wastes: Three Demographic Predictors", *Sociological Perspectives* 28:463-486 (1985); Celene Krauss "Blue-Collar Women and Toxic Waste Protests", en *Toxic Struggles*, Richard Hofrichter, ed. (Philadelphia: New Society (por aparecer), 1993); Mary Pardo, "Mexican American Women Grassroots Community Activists: 'Mothers of East Los Angeles'", *Frontier* 11:1-7 (1990); Cynthia Hamilton, "Women, Home, and Community", *Woman of Power* 20:42-45 (1991); Sherry Cable, "Women's Social Movement Involvement: The Role of Structural Availability in Recruitment and Participation Processes", *Sociological Quarterly* 33 (1992).
2. Entre los escritos acerca de la relación entre raza, clase e inequidades en la ubicación de instalaciones ambientales están Allan Schnaiberg, *The Environment: From Surplus to Scarcity* (New York: Oxford University Press, 1980); Robert D. Bullard, *Dumping in Dixie: Race, Class, and Environmental Quality* (Boulder: Westview Press, 1990; Robert D. Bullard and Beverly H. Wright "Dumping Grounds in a Sunbelt City", *Urban Resources* 2, 37-39 (1985); Charles Lee, *Toxic Wastes and Race in the United States* (New York: United Church of Christ Commission for Racial Justice, Abril 1987); Phil Brown y Edwin J. Mikkelsen, *No Safe Place: Toxic Waste, Leukemia, and Community Action* (Berkeley: University of California Press, 1990); Bunyan Bryant y Paul Mohai, eds., *Race and Incidence of Environmental Hazards* (Boulder: Westview Press, 1992).

mujeres activistas de base han asumido el liderazgo de las luchas ambientales comunitarias. Como parte de un movimiento más grande por la "justicia ambiental", constituyen una conglomerado diverso, que incluye amas de casa de la clase obrera y secretarias, agricultoras rurales negras, residentes urbanas, trabajadoras agrícolas mexicano-estadounidenses, y mujeres indígenas.

Estas activistas tratan de diferenciarse de lo que ellas ven como el liderazgo blanco, de clase media, masculino, de muchas organizaciones ecologistas nacionales. A diferencia del enfoque más abstracto, orientado a ciertos temas, de los grupos nacionales, el foco de las mujeres va dirigido a temas ambientales que surgen de sus experiencias concretas, inmediatas[3]. Las activistas obreras a menudo comparten una ideología poco definida de justicia ambiental y una crítica a las instituciones sociales dominantes y a las principales organizaciones ambientalistas, porque opinan que no abordan los temas más amplios de la desigualdad subyacente en los riesgos ambientales. Al mismo tiempo, estas activistas muestran una significativa diversidad en su conceptualización de los problemas relativos a los desechos tóxicos, reflejando diferentes experiencias de clase, raza y etnicidad.

Este artículo dirige su mirada sobre las formas en las que diferentes mujeres de clase obrera formulan ideologías de resistencia en torno a los problemas de la basura tóxica y el proceso por el cual llegan a un concepto de justicia ambiental. A través del análisis de entrevistas, boletines e intervenciones en conferencias, muestro las voces de mujeres activistas blancas, afro-estadounidenses e indígenas y los recursos que informan y apoyan sus protestas. Lo que emerge es un discurso ambientalista marcado por experiencias e interpretaciones subjetivas y enraizado en las verdades políticas que las mujeres construyen a partir de sus identidades como amas de casa, madres y miembros de comunidades y de grupos raciales y étnicos.

Perspectiva teórica: la dimensión subjetiva del activismo de base

A menudo las actividades de protesta de base han sido trivializadas, ignoradas y vistas como acciones auto-interesadas que son particularistas y parroquiales, que no van más allá del enfoque de un problema singular. Esta

3. La relación entre el activismo ecologista de base y la experiencia concreta está desarrollada en Celene Krauss, "Blue-Collar Women and Toxic Waste Protests"; Celene Krauss, "Community Struggles and the Shaping of Democratic Consciousness", *Sociological Forum* 4:227-238 (1989); Shiva, Vandana, *Staying Alive: Women, Ecology and Development* (London Zed Books, Ltd. 1989); Dorceta Taylor, "Can the Environmental Movement Attract and Maintain the Support of Minorities", en *The Proceedings of the Michigan Conference on Race and the Incidences of Environmental Hazards*, Bunyan Bryant y Paul Mohai, eds. 28-59 (1990).

opinión sobre las protestas comunitarias de base les parece verdadera a la mayoría de los que formulan las políticas, como también a muchos analistas de los movimientos por un cambio social progresista[4].

En contraste, las voces de las mujeres del sector obrero involucradas en protestas relativas a los desechos tóxicos nos muestran que las protestas unitemáticas son en torno a algo más que a ese solo tema. Revelan un mundo de poder y resistencia mucho más grande, el que en cierta medida termina cuestionando las relaciones sociales de poder. Este cuestionamiento se vuelve visible si desplazamos el análisis del activismo ambientalista a las experiencias de la mujer de clase obrera y al significado subjetivo que ella crea en torno de la cuestión de los desechos tóxicos.

En el análisis sociológico tradicional, esta dimensión subjetiva de la protesta ha sido frecuentemente ignorada, o considerada privada e individualista. La teoría feminista, sin embargo, nos ayuda a ver su importancia. Para las feministas, la reflexión crítica acerca del mundo de la experiencia diaria es una dimensión subjetiva importante del cambio social[5]. Las feministas nos muestran cómo la experiencia no es un concepto meramente personal, individualista. Es social. Las experiencias de las personas reflejan dónde calzan en la jerarquía social. Así, mujeres obreras con antecedentes diferentes interpretan sus experiencias relativas a los problemas de la basura tóxica dentro de un contexto de sus particulares historias culturales, partiendo de premisas distintas y llegando a conceptos de justicia ambiental que reflejan las experiencias más amplias de clase y raza.

Las teóricas feministas impugnan además una ideología dominante que separa el mundo "público" de política y poder del mundo "privado" y personal de la experiencia diaria. Por definición, esta ideología relega las vidas y preocupaciones de las mujeres en torno a la casa y la familia a la arena de lo privado, lo no político, llevando con eso a la invisibilidad de sus protestas de base en torno a cuestiones tales como la de los desechos tóxicos[6]. Como destaca Bookman en su importante estudio de las luchas

4. Para el análisis complejo de protestas comunitarias unitemáticas, ver Joseph M. Kling y Prudence S. Posner, eds., *Dilemmas of Activism: Class, Community, and the Politics of Local Mobilization* (Philadelphia: Temple University Press, 1990). Ver también Robert Bellah "Populism and individualism", *Social Policy* (Fall 1985); y Magnus Enzensberger, "A Critique of Political Economy", *New Left Review* (1974).

5. Para ilustraciones de teorías y metodologías feministas que desarrollan esta perspectiva, ver Patricia Hill Collins, *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment* (Boston: Unwin Hyman, 1990); Nancy Hartsock, *Money, Sex and Power* (Boston: Northeastern University Press, 1984); Dorothy Smith, *The Everyday World as Problematic: A Feminist Sociology* (Boston: Northeastern University Press, 1987).

6. Para un análisis de la separación de lo privado y lo público en la teoría política feminista, ver Susan Okin, *Women in Western Political Thought* (Princeton: Princeton University Press, 1979); Jean Bethke Elshtein, *Public Man, Private Woman* (Princeton: Princeton University Press, 1981), Martha

comunitarias de mujeres de clase obrera, el activismo político femenino en general y la vida política de la clase obrera a nivel comunitario en particular permanecen "periféricas para el registro histórico... donde hay una tendencia a privilegiar la actividad política y el activismo laboral masculinos"[7]. El movimiento de la mujer tomó como su tarea central la reconceptualización misma de lo político, criticando esta ideología dominante y construyendo una nueva definición de lo político, situada más en el mundo cotidiano de la mujer común y corriente que en el mundo de las políticas públicas. Las feministas proporcionan una perspectiva para hacer visible la importancia de las protestas particulares unitemáticas, referidas a los desechos tóxicos, mostrando cómo la mujer común y corriente vincula subjetivamente las especificidades de su vida "privada" con un análisis más amplio del poder en la esfera "pública".

Historiadores sociales como George Rude[8] han señalado que a menudo resulta difícil entender la experiencia e ideologías de la resistencia, porque trabajadores comunes y corrientes se apropian y dan nueva forma a las creencias tradicionales afincadas en la cultura de la clase trabajadora, tales como la familia y la comunidad. Este punto es también relevante para entender las protestas ambientales de las mujeres de clase obrera. Sus protestas están enmarcadas en términos de las tradiciones de la maternidad y la familia; como resultado, a menudo parecen parroquiales y hasta conservadoras. Pero como veremos, para la mujer de clase obrera estas tradiciones se convierten en las palancas que ponen en movimiento un proceso político, dando forma al lenguaje y a los significados opositores que emergen y proveyendo recursos para el cambio social.

Desplazar el análisis de los temas de los desechos tóxicos a la experiencia subjetiva de la mujer común y corriente hace que se ponga a la vista una compleja relación entre la vida diaria y las estructuras de poder público. Revela el potencial de acción humana que en un enfoque sociológico más tradicional permanece oculto, y nos proporciona los medios para ver "las fuentes de poder que han creado grupos subordinados"[9].

A. Ackelsberg, "Communities, Resistance, and Women's Activism: Some Implications for a Democratic Polity", en *Women and the Politics of Empowerment*, Ann Bookman y Sandra Morgen eds., 53-76 (Philadelphia: Temple University Press, 1988).

7. Morgen, Sandra, *"It's the Whole Power of the City Against Us!": The Development of Political Consciousness in a Women's Health Care Coalition*, in *Women and the Politics of Empowerment*, Ann Bookman y Sandra Morgen ed., 97.
8. Ver George Rude, *Ideology and Popular Protest* (New York: Pantheon Books, 1980). Ver además Herbert Gutman, Work, *Culture and Society in Industrializing America* (New York: Vintage Books, 1977); Sheila Robotham, *Women, Resistance and Revolution* (New York: Vintage Books, 1974; E.P. Thompson, The Making of the English Working Class (New York: Vintage Books, 1966).
9. Sheila Robotham, *Women's Consciousness, Man's World* (New York: Penguin 1973).

El análisis que se presenta en este artículo se basa en las voces orales y escritas de mujeres involucradas en las protestas por los desechos tóxicos. Las entrevistas fueron realizadas en conferencias ambientalistas tales como la Primera Cumbre de Liderazgo Ambiental de Gente de Color, Washington, D.C., 1991, y el Congreso Mundial de Mujeres por un Planeta Sano, Miami, Florida, 1991, y por teléfono. Otras fuentes adicionales incluyen intervenciones en conferencias, panfletos, libros y otros materiales escritos que han surgido de este movimiento. Esta investigación es parte de un estudio comparativo en marcha que examinará en qué forma las experiencias de raza, clase, y etnicidad intervienen en el activismo ambiental de las mujeres. Una investigación futura incluye un análisis del activismo ambiental de las mujeres mexicano-estadounidenses además del de las mujeres analizadas aquí.

Las protestas por los desechos tóxicos y el recurso de la maternidad

Las obreras no usan el lenguaje del burócrata para hablar de los problemas ambientales. No escupen datos ni exhiben estadísticas para apoyar sus posiciones. De hecho, las entrevistas con estas mujeres rara vez generan mucha discusión sobre el problema ambiental en sí. Pero al contar sus historias sobre su protesta contra un botadero de basura o un incinerador, están contando, en última instancia, historias mayores acerca de su descubrimiento o análisis de la opresión. El suyo es un análisis político, no técnico.

Las mujeres de clase obrera de diversos orígenes raciales y étnicos identifican el movimiento en torno a la basura tóxica como un movimiento de mujeres, compuesto primariamente de madres. Dice una mujer que luchó contra un incinerador en Arizona y luego trabajó en otras campañas antiincineradores en todo el Estado: "Las mujeres son la espina dorsal de los grupos de base; son las que persisten, son las que no cejan". En general, son las mujeres, en su rol tradicional de madres, las que hacen la ligazón entre los peligros relacionados con los tóxicos y la mala salud de sus hijos.

Estas mujeres definen sus protestas ambientalistas como parte del trabajo que hacen las madres. Cora Tucker, una activista afro-estadounidense que luchó contra la explotación del uranio en Virginia y que ahora es una organizadora a nivel nacional, dice:

No es que no crea que las mujeres son más listas (se ríe), pero pienso que estamos con los niños todo el día... Si Johnny contrae una tos, y Mary contrae una tos, tratamos de descubrir el problema.

Otra activista, de California, resume esta opinión así: "Si no nos oponemos al incinerador, entonces no estamos cumpliendo nuestro trabajo como madres".

Para estas mujeres, la familia sirve de acicate para la acción, contradiciendo las populares nociones de que la familia es conservadora y parroquial. Para estas mujeres, la familia tiene un significado muy diferente que para la familia nuclear de clase media. Es una familia menos privatizada, extensa, abierta, permeable y ligada a la comunidad. Esta familia más extensa crea redes y recursos que permiten a las comunidades de clase obrera sobrevivir materialmente, dados sus pocos recursos económicos[10]. La destrucción de los vecindarios obreros por el crecimiento económico priva a las comunidades obreras de recursos básicos para su supervivencia, de ahí la resistencia generada por los problemas de los desechos tóxicos. Las luchas de las mujeres de clase obrera en torno a los asuntos de la basura tóxica son, en su raíz, luchas en torno a la supervivencia. Las ideologías de la maternidad, tradicionalmente relegadas a la esfera privada, se convierten en recursos políticos que las mujeres de clase obrera usan para iniciar y justificar su resistencia. En el proceso de protestar, las mujeres de clase obrera llegan al rechazo de la ideología dominante que separa las arenas públicas de las privadas.

La amplia red de familia y comunidad de la mujer de clase obrera sirve de vehículo para difundir información y preocupación en torno a los problemas de la basura tóxica. Las extensas redes de parentesco y amistad se convierten en recursos políticos para ejercer la oposición. Por ejemplo, en una comunidad de Detroit, las mujeres descubrieron patrones de problemas de salud en reuniones 'Tupperware'. Frecuentemente, ocurre que una madre lee en un diario acerca de una amenaza para la salud, hace una conexión tentativa entre la mala salud de su propio hijo y el contaminante, y comienza a telefonear a amigos y familiares, desarrollando una encuesta de salud informal. Este proceso de descubrimiento está en la raíz de lo que

10. La relación entre familias extensas, amistad y redes, y el activisnmo comunitario de las mujeres de clase obrera es explorada por numerosos autores. Ver por ejemplo Terry Haywoode, "Working Class Feminism: Creating a Politics of Community, Connection and Concern", Tesis de Doctorado, The Graduate School and University Center of the City University of New York, 1990. Para la importancia de esta relación en las comunidades afro-estadounidenses, ver Nancy Naples, "Activist Mothering: Cross-Generational Continuity in the Community Work of Women from Low-Income Urban Neighborhoods", en *Gender and Society* (Mayo 1992); Patricia Hill Collins, *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment* (Boston: Unwin Hyman, 1990); Karen Sacks, "Generations of Working-Class Families", en *My Troubles Are Going to Have Trouble With Me: Everyday Trials and Triumphs of Women Workers*, ed. Karen Sacks, (New Jersey: Rutgers University Press, 1984), 15-38; Carol Stack, *All Our Kin: Strategies for Survival in a Black Community* (New York: Harper Colophon, 1974). Las redes familiares también juegan un importante papel en las comunidades indígenas. Ver por ejemplo Rayna Greene, "American Indian Women Diverse Leadership for Social Change", en *Bridges of Power: Women's Multicultural Alliances*, Lisa Albrecht y Rose Brewer, eds. (Philadelphia, PA: New Society Publishers, 1990).

Sara Ruddick[11] ha llamado la práctica diaria del ser madre. A través de sus redes informales comparan notas y experiencias y desarrollan un conocimiento opositor que se usa para ejercer resistencia contra el conocimiento dominante de expertos y contra las decisiones de funcionarios de gobierno y corporaciones.

Estas mujeres se apartan de las organizaciones ambientalistas que siguen la 'corriente principal', que son vistas como dominadas por hombres blancos de clase media y preocupadas de problemas remotos. Dice una mujer de Rahway, Nueva Jersey: "Los grupos de la corriente principal se abocan a tratar problemas inocuos. Quieren detener los incineradores para salvar al águila, o protestan por árboles para la lechuza. Pero nosotros decimos, ¿y qué pasa con las personas?".

Otra activista critica implícitamente a los grupos ambientalistas de la corriente principal cuando se refiere a la organización de base Centro de Información Ciudadana sobre Desechos Peligrosos (Citizen Clearing House for Hazardouse Waste):

Más que de océanos y lagos, se preocupan de niños que mueren. Cuando uno ha tenido en su familia alguien que ha sido atacado por el medio ambiente –quiero decir, alguien que ha tenido cáncer u otra enfermedad– uno adquiere un agudo sentido de lo que está pasando.

Son las tradicionales preocupaciones "privadas" de la mujer por su hogar, sus niños y su familia, las que dan a la mujer de clase obrera el ímpetu inicial para involucrarse en los problemas de la basura tóxica. El análisis político que desarrollan rompe la distinción entre lo público y lo privado que hace la ideología dominante, e inserta el tema particular de los desechos tóxicos en un contexto más amplio de relaciones de poder.

Conceptualizando la justicia ambiental: diferencias de clase, raza y etnicidad

Las entrevistas con mujeres blancas, afro-estadounidenses e indígenas muestran que los puntos de partida y el subsiguiente desarrollo de sus análisis de las protestas por la basura tóxica tienen que ver con cuestiones de clase, raza y etnicidad.

Las mujeres de clase obrera blancas vienen de una cultura en la cual los roles tradicionales de la mujer se centran alrededor de la arena privada de la familia. A menudo se casan jóvenes; aunque puede que trabajen por necesidad económica, los roles primarios de los cuales derivan significado y satisfacción son los de ser madres y atender a la familia. Son reverencia-

11. Ver Sara Ruddick, *Maternal Thinking: Towards a Politics of Peace* (New York: Ballantine Books, 1989).

das y apoyadas por cumplir la ideología de la familia patriarcal[12]. Y estas familias a menudo reflejan una fuerte creencia en el sistema político existente. Las narraciones de mujeres de clase obrera blanca involucradas en el problema de la basura tóxica están llenas del proceso por el cual descubren la injusticia de su gobierno, su propia inseguridad respecto a entrar en la esfera pública de la política y las restricciones de la familia patriarcal, que paradojalmente les impide volverse completamente activas en defensa de sus familias, especialmente de su protesta. Sus narraciones están marcadas por una fuerte fe inicial en "su" gobierno, así como por una notable transformación a medida que se desilusionan del sistema. Descubren "que nunca supieron lo que eran capaces de hacer en defensa de sus hijos".

Para la mujer blanca de clase obrera, cuyas opiniones sobre los asuntos públicos generalmente son expresadas sólo en el seno de la familia o entre amigos, entrar a una arena más pública en torno a los problemas de los desechos tóxicos resulta a menudo extremadamente estresante. "Incluso si iba al Centro de Padres del colegio", relata una activista, "rara vez hablaba. Me ponía tan nerviosa". Dice otra: "Mis opiniones siempre han sido firmes, pero sólo las expresaba en familia. No eran para el público". Una fuerte creencia en el sistema político existente es característico de la respuesta inicial de estas mujeres a los problemas de la basura tóxica. Lois Gibbs, cuyo involucramiento en la cuestión de la basura tóxica comenzó en el canal Love, nos dice: "Yo pensaba que si tenía un problema bastaba con ir a ver a la persona de gobierno adecuada y él se ocuparía de resolverlo".

Al comienzo, las mujeres de clase obrera blancas piensan que todo lo que tienen que hacer es informar al gobierno de los hechos y su problema será resuelto. Progresivamente se van desencantando con lo que consideran la violación de sus derechos y la injusticia de un sistema que permite que sus hijos y su familia mueran. En el proceso, desarrollan una perspectiva de justicia ambiental enraizada en cuestiones de clase, en el intento de hacer que la democracia sea real, y en una crítica al estado corporativo. Dice una activista que luchó contra la instalación de un incinerador en Sumter Country, Alabama: "Tenemos que dejar de permitir que el desarrollo económico sea el verdadero Dios y la verdadera religión de este país. Debemos impedir que el gran dinero influya en nuestro gobierno".

Un tema recurrente en los relatos de estas mujeres es la transformación de sus creencias respecto al gobierno y al poder. Su politización tiene sus

12. Terry Haywoode, "Working Class Feminism: Creating a Politics of Community, Connection and Concern", documento presentado en la reunión anual de la American Sociological Association, agosto, 1992, Pittsburgh, Pa.; Ida Susser, Norman Street, *Poverty and Politics in an Urban Neighborhood* (New York: Oxford University Press, 1982).

raíces en la fuerte sensación de violación, traición y daño cuando se dan cuenta de que su gobierno no protegerá a sus familias. Lois Gibbs resume bien este sentimiento cuando cuenta:

Crecí en una comunidad obrera. Estábamos por la democracia. Algo pasa cuando se descubre que la democracia no es democracia como la conocemos. Cuando pierdes la fe en tu gobierno es como descubrir que tu madre anda engañando a tu padre. Yo estaba muy consternada. Casi se me partió el corazón porque yo realmente creía en el sistema. Todavía creo en el sistema, sólo que ahora creo que la democracia es del pueblo y por el pueblo, que el pueblo tiene que moverla; no se va a mover sola.

Ecos de esta desilusión se oyen de parte de mujeres de clase obrera blancas en todo el país. Otra activista relata que:

Decidimos contar a nuestros funcionarios electos los problemas que había con la incineración porque pensábamos que no sabían. Con seguridad que si se enteraban de que había un botadero de basura tóxica en nuestro condado le pondrían fin. Yo era políticamente ingenua. Estaba realmente sorprendida porque vivo en un área que es como el cinturón bíblico del sur. Ahora pienso que en realidad el Dios de los Estados Unidos es el desarrollo económico, y eso tiene que cambiar.

Al final, estas mujeres toman conciencia de las desigualdades del poder tal como está modelado por cuestiones de clase y género. Los muy tradicionales valores de la democracia y la maternidad siguen siendo centrales en sus vidas. Pero en el proceso de politización en torno a los problemas de la basura tóxica, estos valores se convierten en recursos de oposición que permiten a las mujeres entrar a la arena pública e impugnar su legitimidad. Justifican su resistencia considerándola una forma de hacer que la democracia sea real y de proteger a sus hijos.

Los relatos de las mujeres de clase obrera son relatos de transformaciones: de su transformación en mujeres con más confianza en sí mismas y más asertivas; en activistas políticas que impugnan el sistema existente y se sienten poderosas al impugnarlo; en esposas y madres que establecen nuevas relaciones con sus maridos (o se divorcian) y nuevas relaciones de más autoridad moral con sus hijos, ya que les proporcionan modelos de roles de mujeres capaces de luchar por aquello en lo cual creen.

Las mujeres de clase obrera afro-estadounidenses comienzan a involucrarse en las protestas contra la basura tóxica partiendo de otra parte. Aportan a sus protestas una conciencia política que se basa en la raza y que no tiene nada de la confianza inicial de las obreras blancas en las instituciones democráticas. Estas mujeres miran al gobierno con desconfianza, habiendo sido toda su vida víctimas de políticas racistas. El problema singular de la basura tóxica es inmediatamente puesto en un contexto político más amplio y visto como racismo ambiental. Relata una activista afro-estado-

unidense de Rahway, Nueva Jersey:

Cuando decidieron la ubicación del incinerador para Rahway no me sorprendió. Basta con mirar en torno a mi comunidad para saber que somos el botadero de basura para todo tipo de proyectos industriales urbanos que nadie más acepta. Supe que se trataba de racismo ambiental desde el momento mismo en que propusieron el incinerador.

Una afro-americana que combatió contra la ubicación de un botadero en el lado sur de Chicago reitera esta opinión: "Mi comunidad es una comunidad exclusivamente negra aislada de todos. No les importa lo que nos pueda ocurrir". Describe su comunidad como una "rosquilla tóxica":

Tenemos siete rellenos de basura. Tenemos una planta de tratamiento de aguas servidas. Tenemos la 'Ford Motor Company'. Tenemos una fábrica de pintura. Tenemos numerosas compañías químicas y plantas de acero. El río está apenas a unas millas de nosotros y lleva agua tan contaminada que dicen que limpiarla tomaría setenta y cinco años o más.

Esta activista ve su involucramiento en los problemas de la basura tóxica como un desafío a los estereotipos tradicionales de la mujer negra. Dice: "Estoy aquí para contar que todas las personas de los proyectos no son flojas ni tontas".

Algunas de estas mujeres comparten experiencias de crecimiento personal a través de su involucramiento en la cuestión de los desechos tóxicos. Expresa una activista afro-estadounidense:

Hace veinte años no podía hacer esto porque era tan tímida... Tenía que conocer realmente a alguien para hablarle. Ahora hablo. A veces pienso que hablo demasiado. Tuve que llegar a mi cincuentena para ir a la cárcel. Pero bien valió la pena. Nunca fui a ninguna universidad o escuela superior, pero ahora voy a esos sitios y pronuncio discursos.

Sin embargo, este no es un tema mayor en los relatos de las activistas negras, como lo es en los de las obreras blancas. Tradicionalmente el trabajo privado de las mujeres afro-estadounidenses como madres se ha extendido a un rol más público en la comunidad local como protectoras de la raza. Como lo muestra una década de historia feminista negra, tradicionalmente la mujer afro-estadounidense ha jugado un papel central en el activismo comunitario y enfrentando los problemas de raza y de injusticia económica[13]. Reciben un tremendo estatus y reconocimiento de parte de su comunidad. Muchas mujeres que participan en protestas por la basura

13. Paula Giddings, *When and Where I Enter: The Impact of Black Women on Race and Sex in America* (New York: Morrow, 1984). También, en *Black Feminist Thought*, Patricia Hill Collins desarrolla la historia de las mujeres afro-estadounidenses como "otrasmadres", al hablar sobre el activismo comunitario.

tóxica salen de una historia de activismo por los derechos civiles, y sus protestas ambientalistas, especialmente en el sur, se desarrollan a través de organizaciones comunitarias nacidas durante el movimiento por los derechos civiles[14]. Y si bien los líderes visibles a menudo son hombres, la base del trabajo organizativo ha sido encabezado por mujeres negras, quienes frecuentemente han sido motejadas como escribió Gilkes[15], de "mujeres de raza", responsables del 'levantamiento racial' de sus comunidades.

Las mujeres afro-asiáticas sienten que la relación de los ecologistas tradicionales con sus preocupaciones es sólo periférica. Como relata Cora Tucker:

Una mujer blanca de un grupo ecologista me pidió que fuera a ayudarle a salvar un parque. Dijo que habían estado tratando de hacer participar a gente negra, pero que no lo habían logrado. Yo le dije: "Mi amor, no es que no les preocupe, pero cuando sus bebés están muriendo en sus brazos, un parque les importa un pepino. Ellos quieren salvar a sus bebés. Si ustedes pueden ayudarles a salvarlos, ellos, a su turno, pueden ayudar a salvar su parque". Y ella me dijo: "Pero éste es un problema realmente inmediato". Yo le respondí: "Bueno, que los niños de esta gente estén muriendo también es inmediato".

Tucker dice que los grupos ecologistas blancos a menudo la llaman a ella o a la jefa de la Asociación Nacional para el Adelanto de las Personas de Color (National Association for the Advancement of Colored People) a último minuto para participar en una manifestación ecologista porque quieren 'incluir' la participación de afro-estadounidenses. Pero excluyen a los afro-estadounidenses del proceso de definir los problemas en primer lugar. Lo que están haciendo las comunidades negras es cambiar la agenda.

Debido a que la experiencia de vida concreta de los afro-estadounidenses es la experiencia y el análisis del racismo, es en este contexto que se interpretan las cuestiones sociales y se da la lucha. La historia de Cora Tucker cuando asistió a una reunión de una junta municipal muestra que el problema que ella enfrenta no es meramente el del medio ambiente, sino el de la descalificación que experimenta como mujer negra. En esa reunión, los miembros masculinos de la junta, todos blancos, cuando se dirigían a las mujeres blancas les decían Sra. Fulano. Pero cuando hablaban con la Sra. Tucker, se dirigían a ella llamándola 'Cora'.

Una mañana me dio la rabia y dije: "¿Cómo me llamó usted?". El dijo: "Cora", y yo le dije: "El nombre es Sra. Tucker". Y en eso me mantuve

14. Robert D. Bullard, *Dumping in Dixie: Race, Class, and Environmental Quality*.
15. Cheryl Townsend Gilkes, "Building in Many Places: Multiple Commitments and Ideologies in Black Women's Community Work", en *Women and the Politics of Empowerment*, Ann Bookman y Sandra Morgen, eds., (Philadelphia: Temple University Press, 1988).

hasta que me dijo Sra. Tucker. Pasaron cinco minutos hasta que me dijo Sra. Tucker. Y yo firme, le dije: "No le voy a permitir que me llame Cora". Y cuando él dijo: "Está bien, Sra. Tucker", yo le dije: "Señor presidente, yo no lo llamo a usted por su nombre de pila y no quiero que usted me llame a mí por el mío. Mi nombre es Sra. Tucker. Y cuando me hable, llámeme Sra. Tucker". No es que... quiero decir que no es que haya que llamarme Sra. Tucker, pero se trata del respeto.

Al hablar de esta pequeña acción de resistencia como mujer negra, Cora Tucker está mostrando cómo los temas ambientales puede que tengan que ver con el poder corporativo o estatal, pero también tienen que ver con la raza. Para las mujeres activistas negras, las cuestiones ambientales son vistas como reflejando un "racismo ambiental" y ligadas a otras cuestiones de justicia social tales como empleo, vivienda y delincuencia. Son vistas como parte de un cuadro más amplio de desigualdad social basada en la raza. De ahí que la solución articulada en una visión de justicia ambiental sea una visión de derechos civiles, enraizada en la experiencia diaria del racismo. La justicia ambiental viene a significar la necesidad de resolver las amplias desigualdades sociales de raza.

Los relatos de las indígenas están llenos del tema del racismo ambiental. Sin embargo, su análisis contiene imágenes diferentes. Es un análisis genocida enraizado en la identificación cultural indígena, en la experiencia del colonialismo y en el inmanente peligro que corre su cultura. Una indígena de Dakota del norte se oponía a un relleno de basura de la siguiente manera:

Desde que el hombre blanco llegó aquí, siguen desplazándonos, tomándose nuestras tierras, empujándonos a la reservación. Hoy día nos hemos reducido al 3 por ciento y esto y lo veo sólo como otra manera de quitarnos nuestras tierras, de aniquilar completamente nuestras razas. Lo vemos como racismo.

Al igual que las mujeres afro-estadounidenses, la participación de estas mujeres en las protestas por la basura tóxica se basa, desde el comienzo, en la raza, y no comparten nada de la creencia inicial de la obrera blanca en el Estado. Una indígena de Carolina del Sur, que se oponía a un relleno de basura en la reservación de Rosebud, nos cuenta:

El gobierno hizo lo que esperábamos que hiciera. Apoyó el botadero. La gente aquí le teme al gobierno. Este controla muchos aspectos de nuestra vida. Cuando me involucré en la oposición al relleno de basura, mi gente me dijo que tuviera cuidado. Dijeron que el gobierno aniquila a personas como yo.

Otra mujer involucrada en la protesta de Dakota de Norte describe la mofa de un funcionario de gobierno ante la resistencia opuesta por las tribus a la ubicación de un botadero:

Si quisiéramos salvar la vida de la madre tierra, deberíamos levantar una tienda y vivir en las grandes planicies y cazar búfalos.

La mujer indígena viene de una cultura en la cual la mujer ha tenido roles más destacados y más públicos que en la cultura de clase obrera blanca. Dentro de la comunidad indígena la mujer es reverenciada como la proveedora del alimento. Desde la infancia, niños y niñas aprenden que los hombres dependen de las mujeres para su supervivencia. La mujer juega además un papel central en el proceso de toma de decisiones al interior de la tribu. La pertenencia como miembro al consejo tribal a menudo está dividida entre hombres y mujeres; muchas mujeres son líderes tribales y médicos. Las religiones indígenas contienen un respeto por la mujer así como una ética ecológica basada en valores tales como reciprocidad y desarrollo sustentable: los nativos estadounidenses rezan a la Madre Tierra, en contraste con la cultura dominante, en la que impera la creencia en una representación blanca, masculina y anglificada[16].

Al describir las formas en que su cultura integra las nociones de ambientalismo y feminidad, una mujer de Nuevo México dice:

Tenemos que ver con todo lo que es vida y comunidad; no estamos separadas; nacemos en ello, somos ello. Nuestra conexión como mujeres es con la Madre Tierra, desde que tenemos conciencia. No somos ambientalistas. Nacemos a la lucha por proteger y preservar nuestras comunidades. No nos separamos. Nuestra sangre de vida automáticamente nos hace responsables, nacemos con ello. Nuestra enseñanza proviene de una base espiritual. Esto es ajeno a nuestra cultura. En idioma navajo ni siquiera existe la palabra dioxina.

En los últimos años las tierras de los indígenas se han convertido en los sitios comunes para ubicar botaderos comerciales de basura. Firmas recolectoras de basura y de desechos han explotado la pobreza y falta de empleo en las comunidades y el hecho de que las tierras de los nativos estadounidenses, como territorios nacionales soberanos, estén a menudo eximidas de cumplir con la reglamentación ambiental local. Al hablar de su oposición a los botaderos, las indígenas basan sus relatos en valores relativos a la tierra que son inherentes a la comunidad indígena. Ven estos proyectos como violando la soberanía tribal y el profundo significado de la tierra, el último recurso que les queda. El asunto, dice una indígena de California, es la protección de la tierra para futuras generaciones, no realmente como una

16. Ver Teresa Amott, y Julie Mathaei, *Race, Gender & Work: A Multicultural Economic History of Women in the United States* (Boston, South End Press, 1991); Rayna Greene, "American Indian Women Diverse Leadership for Social Change"; Annette M. Jaimes con Theresa Halsey, "American Indian Women at the Center of Indigenous Resistance in North America", en *The State of Native America*, Annette M. Jaimes, ed. (Boston: South End Press, 1992).

madre, sino por la salud del pueblo, por la supervivencia. Nuestra tribu basa su soberanía en nuestra base de tierra y si perdemos nuestra base de tierra, seremos un pueblo perdido. No podemos permitimos aceptar esta basura y poner en peligro nuestra tribu. Si no cuidas la tierra, la tierra no te cuida a ti. Porque todo lo que tenemos a nuestro alrededor tiene que ver con la madre tierra. Si no cuidamos la tierra ¿qué sucederá con nosotros?

En el proceso de protestar, dicen estas mujeres, se ven forzadas a articular más claramente sus valores culturales, los que se convierten en recursos de resistencia al ayudar a la tribu a organizarse en contra de un botadero de basura. Si bien muchos miembros de la tribu puede que no articulen una crítica 'ambiental', entienden fácilmente el significado de la tierra y su religión de Madre Tierra sobre la cual está construida su sociedad.

Conclusión

Los relatos de las mujeres blancas, afro-estadounidenses e indígenas que participan en las protestas contra los desechos tóxicos revelan cómo su experiencia subjetiva, particular, las lleva a un análisis de la cuestión de la basura tóxica que sobrepasa el carácter particular de este asunto llevándolo a mundos de poder más amplios. Las creencias tradicionales sobre el hogar, la familia y la comunidad proporcionan el ímpetu necesario para que las mujeres se involucren en estas cuestiones y se transformen en una rica fuente de auto-estima, a medida que las mujeres convierten el lenguaje y los contenidos tradicionales en una ideología de la resistencia. Estas historias impugnan la forma tradicional de ver las protestas contra los desechos tóxicos como parroquiales, auto-interesadas y que no van más allá de un enfoque singular. Muestran que las protestas en torno a una cuestión singular son, al final, protestas en torno a mucho más que eso, y revelan las experiencias de la vida diaria y los recursos que los diferentes grupos usan para ejercer resistencia. A través de las protestas ambientalistas, estas mujeres impugnan, en alguna medida, las relaciones sociales de raza, clase y género.

Las protestas de estas mujeres tienen distintos puntos de partida y sus análisis de la justicia ambiental están marcados por cuestiones de clase y de raza. Para las obreras, la crítica al Estado corporativo y la realización de una democracia más genuina son puntos centrales en una visión de justicia ambiental. La definición de justicia ambiental que desarrollan viene a enraizarse en la cuestión de clase. Para las mujeres de color, lo que caracteriza las definiciones de justicia ambiental es más el vínculo entre raza y ambiente, que el vínculo entre clase y ambiente. Las narraciones de las mujeres afro-estadounidenses vinculan fuertemente la justicia ambiental a otras preocupaciones de justicia social, tales como empleo, vivienda y delincuencia. La justicia ambiental viene a significar la necesidad de resolver las grandes desigualdades raciales. Para las indígenas, la justicia ambiental está ligada a la soberanía de los pueblos indígenas.

En las historias de estas mujeres, sus respuestas a la particular cuestión de la basura tóxica están inseparablemente ligadas a la injusticia que sienten como madres, como mujeres de la clase obrera, como afro-estadounidenses y como indígenas. No hablan sobre sus protestas en términos de problemas singulares. Así, su activismo político tiene implicaciones que van mucho más allá de la preocupación visible, particular, por un botadero de basura o por la ubicación de un peligroso incinerador de basura.

Traducción: Choly Melnick